

LA ASTRONOMIA ENTRE LOS HEBREOS

El pueblo hebreo no se ha distinguido por sus conocimientos astronómicos. En el Antiguo Testamento aparecen solo algunos pasajes en el libro de Job y en Amós, con algunos nombres de constelaciones y aun de dudosa interpretación, pues mientras unos traducen *Kymah* y *Kesil* por las Pléyades, otros los aplican a Venus, que creían ser dos astros, el matutino y el vespertino.

Todos los traductores de la Biblia se han visto envueltos en un mar de dudas para ver de encajar o computar los nombres hebreos con los griegos tal como los conocemos hoy.

Es de advertir que el pueblo griego no fué un pueblo científico. Ensimismado en preparar el monoteísmo, fué un pueblo altamente religioso; todas sus hazañas van dirigidas por Yavé y no tienen otro fin que enaltecer su poder. Lo demás era secundario para ellos, aunque no se desentendieran de los fenómenos de la naturaleza y que no se hubiesen fijado en los eclipses, aparición de cometas, caída de aerolitos, etc. Pero no daban a estos fenómenos ningún nexo científico, porque, según ellos, todo se verificaba con el concurso y la intervención de Yavé.

La cosmogonía de los hebreos es de una sencillez infantil. El sol sale por oriente, atraviesa la bóveda celeste, va al poniente y pasa por un túnel abierto bajo tierra y vuelve a salir por el oriente. Las lluvias son producidas por la apertura de las compuertas que retienen las aguas superiores. Debajo de la tierra hay el *cheol* o lugar inferior.

Todos los fenómenos de la naturaleza tienen para los hebreos una explicación más fantástica que racional; su alma sencilla estaba mejor dispuesta a interpretaciones sentimentales que racionales.

Una prueba de ello se tiene en el célebre pasaje en que Josué pretende parar el curso del sol para acabar la batalla contra los amorreos: Así lo refiere la Biblia en su versión de la *Vulgata*: «Entonces habló Josué al Señor en aquel día que entregó al amorreo a merced de los hijos de Israel y dijo en presencia de ellos: Sol no te muevas de encima de Gabaon, ni tu, Luna, de encima del valle de Ayalón. Y parándose el Sol y la Luna hasta que el pueblo del Señor se hubo vengado de sus enemigos. Y ¿no es esto mismo que está escrito en el Libro de los Justos? Paróse pues el Sol en medio del cielo y detuvo su carrera sin ponerse por espacio de un día. No hubo antes ni después día tan largo, obedeciendo al Señor, *por decirlo así*, a la voz de un hombre y peleando por Israel. Volvióse Josué con todo Israel al campamento de Gálgala».

Este pasaje, capaz de volver locos a todos los exegetas, es de una belleza insuperable en sus versos, según dicen los hebraístas mas renombrados, pero manifiesta a la legua que el autor se fijó más en llamar la atención del lector que en la verdad histórica del hecho.

En efecto, este pasaje demuestra la ignorancia de Josué, que podía ser un excelente jefe de ejército pero un pésimo cosmógrafo ya que ignoraba que lo que debía pararse no era el Sol sino la Tierra, que en su movimiento produce los días y las noches. De haber conocido la mecánica celeste, no se hubiera atrevido en el deseo de provocar una catástrofe sideral de una magnitud apocalíptica. Basta considerar dentro del marco rigurosamente científico la posibilidad del hecho. Los objetos que se hallan sobre la Tierra en el ecuador, están animados de una velocidad de 1670 kilómetros por hora, ya que en 24 horas han de recorrer los 40 mil kilómetros que tiene de circunferencia la Tierra.

El sitio en que Josué libra la batalla, se halla a los 32° de latitud norte y la velocidad de los objetos es de 1446 kilómetros hora. Los motoristas saben por dolorosa experiencia que un frenazo a la velocidad de 80 kilómetros por hora les lanza a diez metros de distancia. Un frenazo a la tierra hubiera lanzado a Josué y a sus huestes más allá del planeta Marte. Puesta la cuestión en el terreno científico se ve en seguida que raya en el absurdo.

Dios, según los teólogos, realiza los milagros por la vía más sencilla, a través de las causas segundas y no es de creer que Yavé, para dar gusto a un jefe que, según el relato bíblico, no tenía escrúpulo en pasar a cuchillo a mujeres, ancianos y niños, trastornara la máquina del universo.

La explicación más racional del hecho, es que Josué, al ver que declinaba el día y temiendo no poder consumir la derrota de los amorreos, se dirijiera al Sol en actitud de mandato y sus huestes al oír este mandato redoblaron sus esfuerzos y acabaran la batalla más pronto de lo previsto.

La historia está llena de hechos heroicos producidos por la eficacia de la palabra. La arenga del general Prim en la batalla de los Castillejos, tuvo por efecto la recuperación de las mochilas que habían quedado en poder de los enemigos.

Las multitudes son sugestionables y las arengas bien dirigidas suscitan actos heroicos. Esto explicaría el relato bíblico del paro del Sol y de la Luna sin necesidad de exponer a la máquina sideral a una catástrofe que hubiera reducido el universo a cenizas.